

La versión de Barney

MORDECAI RICHLER

TRADUCCIÓN DE MIGUEL MARTÍNEZ-LAGE

narrativa sexto piso



La versión de Barney

La versión de Barney

MORDECAI RICHLER

EPÍLOGO Y NOTAS DE MICHAEL PANOFSKY

TRADUCCIÓN DE MIGUEL MARTÍNEZ-LAGE

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Título original
Barney's Version

Copyright © MORDECAI RICHLER, 1997

Primera edición: 2023

Traducción

© MIGUEL MARTÍNEZ-LAGE

Imagen de portada

© TITO MERELLO

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S. A. DE C.V., 2023

América, 109

Parque San Andrés, Coyoacán

04040, Ciudad de México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.

c/ Los Madrazo, 24, semisótano izquierdo

28014, Madrid, España

www.sextopiso.com

Formación

QUINTA DEL AGUA EDICIONES

Impresión

COFÁS

ISBN: 978-84-19261-49-6

Depósito legal: M-3842-2023

Impreso en España

*Para Florence,
y en recuerdo de cuatro amigos ausentes:
Jack Clayton, Ted Allen, Tony Dodwin
e Ian Mayer*

ÍNDICE

I. Clara. 1950-1952	11
II. La Segunda Señora Panofsky. 1958-1960	225
III. Miriam. Desde 1960	419
Epílogo, <i>por Michael Panofsky</i>	567

I
CLARA
1950-1952

UNO

Terry es la espoleta. La astilla que se me ha clavado bajo la uña. Las cosas claras: si empiezo este revoltijo que ha de ser la verdadera historia de mi vida echada a perder (y de ese modo violo un solemne juramento, pues me pongo a garabatear mi primer libro a tan avanzada edad), es como réplica a las insidiosas acusaciones que Terry McIver vierte contra mi persona en su autobiografía de próxima publicación: difamaciones sobre mí y sobre mis tres esposas, más conocidas como la «troika» de Barney Panofsky, sobre la naturaleza de mi amistad con Boogie y, por descontado, sobre el escándalo que he de llevarme a la tumba como si fuera mi joroba. Las palmadas de alborozo que da Terry, con un título como *Del tiempo y de las fiebres*, pronto serán publicadas por El Grupo (perdón: el grupo), una pequeña editorial subvencionada por el gobierno, con sede en Toronto, que también pone en la calle una publicación mensual, *La buena tierra*, impresa en papel reciclado, vive Dios.

Terry McIver y yo, oriundos y criados ambos en Montreal, estuvimos juntos en París a comienzos de la década de los cincuenta. El pobre Terry no pasaba de ser más que tolerado a medias entre mi gente, una pandilla que era el orgullo de los jóvenes escritores sin peculio ninguno y con calentura de sobra, invadidos por las cartas de rechazo de las revistas a las que mandábamos nuestros escritos y, sin embargo, ostensiblemente seguros de que todo era posible: la fama, las tías buenas que se arrojarían a nuestros pies en muestra de sincera adoración, y una inmensa fortuna que nos estaba esperando a la vuelta de la esquina, como aquel legendario heraldo de Wrigley que por ahí andaba en los tiempos de mi infancia. El heraldo, según se cuenta, era capaz de abordarte por sorpresa en plena

calle para regalarte un billete de un dólar nuevecito, siempre y cuando llevaras un envoltorio de chicle Wrigley en el bolsillo. A mí, desde luego, nunca me salió al paso el gran hacedor de los regalos del señor Wrigley, pero la fama sí se alió con algunos de mi pandilla: el impulsivo y contumaz Leo Bishinsky, Cedric Richardson (bien que bajo otro nombre) y, por supuesto, Clara. Clara, que hoy en día goza de una gran fama póstuma en calidad de icono del feminismo, machacada en el yunque de la desabrida insensibilidad machista. Mi yunque, vaya, según dicen por ahí.

Yo era una anomalía. Mejor dicho, una anomia. Un emprendedor nato. No había ganado ningún premio en McGill, como Terry, ni había estudiado luego en Harvard o en Columbia, como hicieron algunos de los otros. A duras penas había logrado terminar el bachillerato, pues había dedicado más tiempo a las mesas de la Academia de Billares Mount Royal que a las clases de rigor; jugaba al billar con Duddy Kravitz. Apenas sabía escribir. No tenía pretensiones artísticas de ninguna clase, a menos que uno quiera contar como tal mi fantasía de llegar a ser bailarín y cantante de music hall, encantado de quitarme el canotier para saludar a los espectadores del palco cuando saliera de escena bailando claqué y dejando el escenario entero a la Melocotoncito, a Ann Corio,¹ a Lili St. Cyr o a alguna exótica bailarina capaz de llevar su actuación al clímax con acompañamiento de tambores y el excitante destello de una teta desnuda, en aquellos tiempos muy anteriores a la época en que las bailarinas eróticas llegaron a ser la norma en Montreal.

Era un lector voraz, pero sería un error tomar semejante rasgo como prueba de mi calidad. O de mi sensibilidad. En el fondo, estoy obligado a reconocer, no sin un gesto de complicidad dedicado a Clara, la bajeza de mi alma. O la fealdad de mi naturaleza competitiva. Lo que me puso en funcionamiento no fue, por cierto, *La muerte de Ivan Ilich*, de Tolstoi, ni *El agente secreto*, de Conrad, sino la vieja revista *Liberty*, cuyos artículos

1 El apellido correcto es Coreo.

llevaban por encabezamiento una nota en la que se estipulaba el tiempo necesario para leerlo: por ejemplo, cinco minutos y treinta y siete segundos. Ponía mi reloj de pulsera con una estampa de Mickey Mouse en la esfera sobre el hule a cuadros de la mesa de la cocina, y me pasaba por la piedra el artículo en cuestión en, digamos, cuatro minutos y tres segundos, una hazaña a tenor de la cual ya me consideraba todo un intelectual. De *Liberty* me licencié con una de las novelas de bolsillo de la serie *Mr. Moto*, de John Marquand, que por entonces se vendían a veinticinco centavos el ejemplar en la barbería de Jack y Moe, en la esquina de Park Avenue con Laurier, esto es, en el corazón del viejo barrio obrero de Montreal, el barrio judío en el que me crié. El barrio en el que salió elegido el único comunista que llegó a ser parlamentario (Fred Rose), y del cual salieron dos buenos boxeadores (Louis Alter, Maxie Berger), el número al uso de médicos y dentistas, un célebre propietario de casino y ludópata sin remedio, muchos más abogados capaces de ir a degüello a por cualquier pleito, bastantes maestros y millonarios de pacotilla, unos cuantos rabinos y al menos un sospechoso de asesinato.

Yo.

Recuerdo la nieve amontonada en pilas de metro y medio, las escaleras exteriores que era preciso limpiar a paladas con un frío de muchos grados bajo cero y, en aquellos tiempos muy anteriores a la invención de los neumáticos para la nieve, el traqueteo de los coches y camiones que pasaban con las ruedas encastradas en las cadenas. Las sábanas se quedaban congeladas, más tías que una piedra, en los tendederos de los patios. En mi dormitorio, donde el radiador burbujeaba y eructaba durante toda la noche, di a la sazón con Hemingway, Fitzgerald, Joyce, Gertie y Alice, y con nuestro Morley Callaghan. Alcancé la mayoría de edad muerto de envidia por sus aventuras de expatriados y, a raíz de ello, tomé una seria determinación en 1950.

Ah, 1950. Fue el último año en que Bill Durnan, ganador del trofeo Vezina al mejor portero de la Liga Nacional de Hockey

nada menos que en cinco temporadas, fue el guardameta de mis amados Canadiens de Montreal. En 1950, *nos glorieux* ya habían puesto en pie un formidable cuerpo de defensa, cuyo pilar principal era el joven Doug Harvey. La línea de ataque sólo estaba completa en sus dos terceras partes: en ausencia de Hector «Toe» Blake, que se retiró en 1948, Maurice «el Cohete» Richard y Elmer Lach formaban línea con Floyd «Busher» Curry. Terminaron en el segundo puesto la temporada regular, detrás del maldito equipo de Detroit; para su eterna vergüenza, perdieron por cuatro partidos a uno contra los Rangers de Nueva York en la semifinal de la Copa Stanley. Al menos, el Cohete disfrutó de un año bastante pasable: terminó la temporada regular como segundo máximo anotador, con un total de cuarenta y tres goles y veintidós asistencias.²

Fuera como fuese, en 1950, a los veintidós años dejé a la corista con la que vivía en un sótano de Tupper Street. Retiré mis modestos ahorrrillos de la Caja de Ahorros de la Ciudad, un dinero que me había ganado trabajando de camarero en el viejo Normandy Roof (trabajo que me consiguió mi padre, el detective inspector Izzy Panofsky), y reservé un pasaje a Europa en el *Queen Elizabeth*,³ que zarpaba de Nueva York. Con toda mi inocencia, estaba decidido a buscarme la vida y a enriquecerme gracias a la amistad de los que entonces consideraba puros de corazón, los artistas, «los legisladores no reconocidos de este mundo». Y eso que en aquellos tiempos era posible darse el lote con muchas universitarias con total impunidad. Uno, dos, cha-cha-chá. De fondo, la melodía de aquella canción: «De haber sabido que venías, te habría hecho un pastel». Las noches de luz de luna, en cubierta, las muchachas llevaban

2 En realidad, Richard terminó cuarto en la lista de máximos anotadores. Ted Lindsay, de los Alas Rojas de Detroit, ganó el título con veintitrés goles y cincuenta y cinco asistencias. Sid Abel fue segundo, Gordie Howe tercero, y luego se clasificó Richard.

3 Era el *Queen Mary*, que hizo su última travesía transatlántica en 1967, cruzándose con el *Queen Elizabeth* en alta mar, a las 12:10 de la mañana, el 25 de septiembre de 1967.

miriñaques, cinturones anchos, pulseras en los tobillos y zapatos de dos colores; uno podía contar con que no pleiteasen por acoso sexual cuarenta años más tarde, cuando los reprimidos recuerdos de aquellas citas que culminaban en violación fuesen recuperados gracias a las profesionales del psicoanálisis que además se depilaban con maquinilla de afeitarse.

No la fama, pero la fortuna con el tiempo sí me salió al paso. Esa fortuna, tal como es, tuvo unos orígenes humildes. Para empezar, me patrocinó un superviviente de Auschwitz llamado Yossel Pinsky, que nos cambiaba dólares en el mercado negro, en una cabina acortinada de un establecimiento de fotografía sito en la rue des Rosiers. Una noche, Yossel tomó asiento a la mesa en la que yo estaba, en The Old Navy; pidió un *café filtre*, echó siete terrones de azúcar en la taza y me habló así:

—Necesito a alguien que tenga un pasaporte canadiense en vigor.

—¿Para qué?

—Para ganar una buena pasta. ¿Para qué iba a ser? —preguntó. Sacó su navaja del ejército suizo y comenzó a limpiarse las pocas uñas que le quedaban—. Pero antes deberíamos conocernos un poco mejor. ¿Has comido?

—No.

—Pues vamos a cenar. Eh, que no te voy a morder. Vamos, chiquillo.

Y así las cosas, tan sólo un año después, con los servicios de Yossel como guía, me convertí en un profesional de la exportación de quesos franceses a un Canadá de posguerra en el que cada vez abundaba más el dinero. Allá, Yossel me montó una agencia de importación de Vespas, esas *scooters* italianas que en una determinada época llegaron a ser un artículo muy codiciado. A lo largo de los años, también comercié con bastante provecho, teniendo a Yossel por socio, con aceite de oliva, como el joven Meyer Lansky; con rollos de tela tejida en las islas de Lewis y Harris; con chatarra y ferralla que compraba y vendía sin haber visto el género; con antiguos DC-3 que todavía volaban entonces al norte del paralelo 60; después de que

Yossel emigrase a Israel, siempre un paso por delante de los gendarmes, también trafiqué con antigüedades egipcias, robadas de las tumbas de menor importancia del Valle de los Reyes. Pero tengo mis principios. Nunca trafiqué con armas, drogas o alimentos de dieta.

Por fin me convertí en un pecador. A finales de los años sesenta comencé a producir películas financiadas en Canadá que nunca se exhibían durante más de una vergonzante semana en ninguna parte, pero que a la postre me sirvieron para ganar, y para que ganaran mis socios en alguna ocasión, cientos de miles de dólares gracias a un vacío fiscal que con el tiempo terminó por cerrarse. Fue entonces cuando empecé a producir series para la televisión con un acusado contenido canadiense henchido de autosatisfacción, y que en el caso de nuestra cojonuda serie titulada «McIver de la Real Policía Montada del Canadá», que abunda en escenas eróticas desarrolladas en canoas e iglúes, ha llegado a exhibirse en el Reino Unido y otros países.

Cuando no me quedaba más remedio, sabía marcarme una rumbita como todo un patriota, el último refugio de la sabandija y el Gran Cham. Siempre que un ministro del gobierno, partidario del libre mercado y dispuesto a contestar como es debido a las presiones estadounidenses, amenazaba con revocar la ley que insistía (y que la financiaba en grado suculento) en que existiera una determinada cantidad de contaminación manufacturada en Canadá en nuestras ondas hertzianas, me cambiaba de vestimenta con gran rapidez en la cabina telefónica de la hipocresía y me calzaba mi mejor atuendo de Capitán Canadá para presentarme ante el comité de turno. «Tratamos de definir qué es Canadá para los canadienses —les decía henchido de orgullo—. Somos la memoria viva de esta nación, somos su alma, su hipóstasis, la última defensa contra la abrumadora amenaza de que se nos traguen vivos los egregios imperialistas culturales que viven al sur de nosotros.»

Veo que me voy por las ramas.

Allá por nuestros años de expatriados, provincianos de parranda perpetua, encantados de estar en París, embriagados

por la belleza del entorno, nos daba verdadero miedo regresar a nuestras habitaciones de hotel en la Rive Gauche, no fuera que nos despertásemos de vuelta en casa, rescatados por unos padres que no dejarían de recordarnos cuánto habían invertido en nuestra educación, o que ya iba siendo hora de que arrimásemos el hombro. En mi caso particular, no recibía una sola carta por avión de mi padre que no contuviera su elaborado aguijón: «¿Te acuerdas de Yankel Schneider, aquél que era medio tartamudo? Pues ¿sabes qué? Ahora es asesor fiscal y tiene un Buick resplandeciente».

En nuestra pandilla de gamberros y vividores había un par de pintores, por así llamarlos, neoyorquinos los dos. Estaba la rechiflada de Clara y estaba el truhán de Leo Bishinsky, que supo orquestar su ascenso en el mundo artístico mejor incluso que Wellington, no sé si me explico, en aquella batalla que se libró en un pueblucho de Bélgica.⁴ Incluso dejó un baile para dedicarse a lo que tenía pendiente. O interrumpió una partida de bolos, no sé. No, ése fue Drake.

Leo tenía su taller en un garaje de Montparnasse, y allí trabajaba en una serie de trípticos descomunales, mezclando la pintura en cubos y aplicándola con una fregona. De vez en cuando barría el aire con la fregona, colocándose a tres metros del lienzo y dejando que volase la pintura. Una vez que estaba allí con él, compartiendo un cigarrillo, me pasó la fregona.

—Ten, prueba.

—¿De veras?

—Claro, ¿por qué no?

Muy pronto, pensé entonces, Leo se afeitaría, se cortaría el pelo y comenzaría a trabajar en una agencia publicitaria de Nueva York.

Me equivocaba de pies a cabeza.

4 Waterloo, en donde el duque de Wellington y el mariscal de campo del ejército prusiano, Gebhard Leberecht von Blücher, derrotaron a Napoleón el 18 de junio de 1815.

¿Cómo iba a saber que cuarenta años después las atrocidades de Leo estarían expuestas en la Tate Gallery, en el Guggenheim, el MoMA y la National Gallery de Washington, y que otras obras suyas se venderían por millones a los buitres de la Bolsa y a los gurús del arbitrio, aunque no pocas veces les ganaran en las subastas los coleccionistas japoneses? ¿Cómo iba a figurarme que el baqueteado Renault dos caballos⁵ de Leo dejaría paso con el tiempo, en un garaje de Amagansett con capacidad para diez vehículos, a un Rolls-Royce Silver Cloud, un Morgan de época, una berlineta Ferrari 250 y un Alfa Romeo, entre otros juguetes parecidos? Tampoco podía imaginarme que, por citar su nombre hoy en día en una conversación, cualquiera puede acusarme de tirarme un farol. Leo ha sido portada de *Vanity Fair*, donde salió con un disfraz mefistofélico con cuernos incluidos, capa color magenta y cola, pintando símbolos mágicos en el cuerpo desnudo de la *starlet* que hubiera conseguido la distinción de ser «el sabor del mes».

En los viejos tiempos siempre se sabía a quién se estaba tirando Leo, porque, *tout court*, una jovencita de Nebraska, con un traje de dos piezas de cachemira, en tonos de pan blanco, contratada por alguna oficina del Plan Marshall, aparecía en La Coupole sin que al parecer le importase meterse el dedo en la nariz en público. Hoy en día, las modelos de más renombre acuden en masa a la mansión que tiene Leo en Long Island y rivalizan entre ellas cuando se trata de ofrecerle mechones de vello púbico que pueda emplear en sus cuadros junto con trozos de cristal pulido encontrados en la playa, esqueletos de estrella de mar, rodajas de salchichón o recortes de las uñas de los pies.

Allá por 1951, los artistas neófitos de mi pandilla hacían alarde de estar plenamente liberados de aquello que, *de haut en bas*, tachaban despectivamente de carrera de ratas, aunque la agria verdad es que, con la resplandeciente excepción de

5 En realidad, el 2CV era un Citroën. Se presentó en el Salón del Motor de 1948 y siguió fabricándose hasta 1990.

Bernard «Boogie» Moscovitch, todos participaban en la tienda. Todos eran tan ferozmente competitivos como el personaje de *Organization Man* o *El hombre del traje gris*, en caso de que alguno de los que estén por ahí cerca tenga edad suficiente para recordar esos *best sellers* hace tiempo olvidados, que estuvieron de moda durante una temporada o dos. Como Colin Wilson. O el hula-hop. Y todos estaban motivados por la misma necesidad del éxito que tiene cualquier pilluelo de St. Urbain Street, allá en Montreal, que se lo hubiera jugado todo a una nueva línea otoñal de ropa *après-ski*. La ficción, eso era lo que casi todos trataban de trapichear. Cuestión de hacer las cosas nuevas, como ordenaba Ezra Pound antes de volverse majara con el certificado de un psiquiatra. Ojo, que no tenían que distribuir muestras de su producción a los compradores de los grandes almacenes, flotando con «una sonrisa y unos zapatos relucientes», como dijo Clifford Odets en cierta ocasión.⁶ Al contrario: remitían sus mercancías a los editores de revistas y de libros, incluyendo un sobre con el sello correspondiente y su propia dirección, en caso de que les fuera devuelto. Todos salvo Boogie, el ungido por los dioses.

Una vez escribió Alfred Kazin, a propósito de Saul Bellow, que incluso cuando era un joven perfectamente desconocido ya tenía el aura del hombre destinado a la grandeza. Esa misma impresión tenía yo de Boogie, que, por entonces, era de una generosidad poco común con otros jóvenes escritores. Se daba por sobrentendido que era muy superior a cualquiera de ellos.

Cuando estaba de un humor arrebatado, Boogie despedía una abundante humareda y esquivaba cualquier pregunta que se le hiciera sobre su trabajo comportándose como un payaso. «Fíjate, soy un desastre —dijo una vez—. Tengo todos los defectos de Tolstoi, de Dostoievski y de Hemingway en el mismo paquete. Estoy dispuesto a tirarme a cualquier campesina que se lo quiera hacer conmigo. Soy un ludópata obsesivo. Un borracho. Fíjate:

6 No fue Odets, sino Arthur Miller en *Muerte de un viajante*, p. 138 de la edición de Viking Press, Nueva York, 1949.

igual que Freddy D., soy incluso antisemita, aunque puede que eso no cuente en mi caso, teniendo en cuenta que soy judío. Por el momento, lo único que me falta en toda la ecuación es mi propia Yasnaya Polyana, un reconocimiento de mi talento prodigioso, y pasta para cenar algo esta noche, a menos que quieras invitarme. ¿Sí? Que Dios te bendiga, Barney.»

Cinco años mayor que yo, Boogie había desembarcado en la playa de Omaha el Día D, y había sobrevivido a la batalla del Bulge. Estaba en París a cargo de la infantería de marina, lo que le proporcionaba cien dólares al mes, un estipendio que redondeaba con una mensualidad que le remitían desde su casa, y que habitualmente invertía, con esporádicos golpes de suerte, en las mesas de *chemin de fer* del Club de Aviación.

Bueno, ahora lo de menos son las maledicciones que recientemente ha destapado el mentiroso de McIver, que me perseguirán hasta el fin de los tiempos. La verdad es que Boogie era el amigo más querido que he tenido en toda mi vida. Lo adoraba. Y gracias a los muchos cigarros que compartimos, gracias a las muchas botellas de morapio que nos ventilamos a medias, tuve ocasión de hacerme una idea bastante aproximada del medio del que provenía. El abuelo de Boogie, Moishe Lev Moscovitch, nació en Bialystok y viajó a Norteamérica en tercera clase, en la bodega de un barco, desde Hamburgo; allí medró a fuerza de trabajar de firme y a fuerza de frugalidad, pasando de ser un vendedor ambulante de pollos a propietario exclusivo de una tienda de alimentación *kosher* en Rivington Street, en el Lower East Side neoyorquino. Su primogénito, Mendel, hizo de ese modesto negocio nada menos que una empresa llamada Envasadores Para Gourmets Sin Igual, que proporcionaba raciones al ejército estadounidense durante la Segunda Guerra Mundial. Gourmets Sin Igual fue poco después proveedora exclusiva del jamón envasado de las plantaciones de Virginia, las salchichas de Inglaterra a la antigua usanza, las costillas de cerdo al estilo mandarín y los famosos Bocados de la Abuelita (pavos congelados y listos para meter al horno) para los supermercados del estado de Nueva York y de toda

Nueva Inglaterra. Por el camino, Mendel —que pasó a llamarse Matthew Morrow— adquirió una vivienda de catorce habitaciones en Park Avenue, se procuró el servicio de una doncella, una cocinera, un mayordomo y chófer, y una institutriz inglesa traída de Old Kent Road para educar a su primogénito, Boogie, que después tuvo que tomar lecciones de dicción para despojarse del arrastrado acento cockney que se le había pegado. En vez de tener un profesor de violín y un *malamud* hebreo, Boogie —cuyo cometido iba a ser el de infiltrar a la familia hasta el fondo del avispero blanco, anglosajón y protestante— fue enviado a un campamento militar de verano en el estado de Maine. «Se suponía que iba a aprender a montar a caballo, a disparar, a navegar en barcos de vela, a jugar al tenis y a ofrecer la otra mejilla», dijo. Al inscribirse en el campamento, siguiendo las instrucciones de su madre, Boogie puso «ateo» en la casilla correspondiente a «profesión de fe». El comandante del campamento puso mala cara, lo tachó y anotó «judío». Boogie aguantó en el campamento, y luego en Andover, pero dejó sus estudios en Harvard cuando estaba en segundo curso, en 1941. Y se alistó en el ejército como soldado raso, recuperando el apellido Moscovitch.

En cierta ocasión, para responder a las persistentes preguntas de un pesado Terry McIver, Boogie llegó a reconocer que en el primer capítulo de la desopilante novela que todavía estaba escribiendo, situada en 1912, su protagonista desembarca del *Titanic*, que ha terminado su viaje inaugural y ha atracado sin mayores complicaciones en el puerto de Nueva York, y ve que una periodista le aborda con sus preguntas:

—¿Cómo ha sido el viaje? —dice ella.

—Aburrido —contesta el protagonista.

Improvisando, estoy convencido, Boogie siguió diciendo que dos años después su protagonista viaja en una carroza con el archiduque Francisco Fernando de Austria-Hungría y su señora; en un momento determinado se le caen los anteojos que llevaba a la ópera a causa de un bache en la calzada. El archiduque, holgado de *noblesse oblige*, se agacha a recoger los

anteojos y de ese modo evita el intento de asesinato de un serbio chalado. Dos meses después, a pesar de todo, los alemanes invaden Bélgica. En 1917, el protagonista de Boogie debía de hallarse de charleta con Lenin en un café de Zúrich; le pide que le explique la teoría del valor añadido y Lenin se calienta con el asunto, se alarga más de la cuenta con su *millefeuille* y su *café au lait* y pierde el tren, con lo que el vagón sellado llegará a la estación de Finlandia, solo que sin él.

—¿No os parece típico de ese cabrón de Ilich? —dice el jefe de la delegación que había acudido a recibirlo en el andén—. ¿Qué haremos ahora?

—No sé, a lo mejor Leon quiere ponerse en pie y decir unas palabras.

—¿Unas palabras? ¿Leon? ¡Nos costaría unas cuantas horas aquí de pie!

Boogie dijo a Terry que estaba cumpliendo la función primordial del artista, extraer el orden del caos.

—Debería habérmelo pensado mejor antes de hacerte una pregunta en serio —dijo Terry, y se retiró de nuestra mesa en el café.

En el silencio que se hizo y a modo de disculpa, Boogie se volvió hacia mí y me explicó que había heredado de Heinrich Heine *le droit de moribondage*.

A Boogie se le daba de maravilla sacar de la trastienda de su cerebro ese tipo de impedimentos para toda conversación normal, y con ello me propulsaba a cien por hora a una biblioteca, y me educaba.

Quería a Boogie un montón, y lo echo de menos una barbaridad.

Estaría dispuesto a dar mi fortuna (digamos que la mitad) a cambio de que ese enigma, ese espantapájaros de metro noventa de estatura, entrase de nuevo por la puerta de mi casa, dando hondas caladas a un Romeo y Julieta, con la sonrisa cargada de ambigüedad y preguntándome con su voz tonante: «¿Todavía no has leído a Thomas Bernhard?», o «¿Qué has sacado en claro de Chomsky?».